

la personalidad. Tiene el doble carácter de un esfuerzo y de un impulso. En ella consiste la dignidad del hombre.

3.º Aunque la libertad moral reposa exclusivamente sobre la energía con que el individuo la realiza en sí mismo, y en este sentido el hombre libre no depende de las circunstancias exteriores, la conciencia de nuestra época plantea la evidencia de un condicionamiento por las circunstancias del ejercicio de la libertad. Esta evidencia inspira todos los movimientos sociales y humanitarios.

4.º El individuo debe crear condiciones favorables para el desenvolvimiento de sus semejantes. El desacuerdo surge al considerar el papel que los sistemas económicos tienen en la creación de esas condiciones. Los partidarios de cada uno de los dos grandes sistemas actuales (libertad económica, economía dirigida), se hacen mutuamente los mismos reproches.

5.º Lo trágico de este desacuerdo es que reduce a la ineficacia las fuerzas morales existentes en los dos bandos.

6.º Varios comunicantes han condenado la guerra como una solución inadmisible.

Las conclusiones del profesor Pos se completan sugiriendo que de la encuesta nace una cuestión que podría dar lugar a otra encuesta diferente: ¿Cuál puede ser el papel práctico de los filósofos para conjurar eficazmente la amenaza de una nueva guerra mundial que significaría la destrucción definitiva de la libertad en todas sus formas?

M.^a ELISA MASEDA.

LECLERCQ (Jacques): *Les grandes lignes de la Philosophie morale*.
Bibliothèque philosophique de Louvain, 2.^a edic., Louvain, 1954.
448 páginas.

Para su tratado de filosofía moral, Jacques Leclercq escoge un punto de partida positivo, sociológico: la moral es un hecho, un hecho humano. La etnología contemporánea nos pone en presencia del fenómeno moral incluso en los pueblos más primitivos. Este fenómeno, compuesto en esencia de aprobación y de censura, está ligado a la intencionalidad del acto. Aunque el carácter moral de la acción depende de que sea llevada a cabo por un agente libre que actúe voluntariamente, el valor moral no depende sólo de la voluntad del agente; cada acto tiene un valor moral en sí.

La moral se manifiesta por un imperativo expresado en preceptos que se corresponden en el interior del hombre con una tensión íntima que le empuja, sin determinarlo, al respeto de la ley moral.

Otros imperativos de caracteres análogos —también aparecen como preceptos, y desencadenan en el sujeto una tensión interior que in-

vita a respetarlos—, son los sociales y religiosos. El autor analiza las diferencias que caracterizan a unos y otros, porque en los hechos de conciencia pueden presentarse mezclados o provocar reacciones que se confunden.

Un sistema de moral significa siempre, se sepa o no, una metafísica anterior. Leclercq, sobre esta idea, reivindica la independencia de espíritu del filósofo católico, que no está en desventaja respecto al pensador no adscrito a una religión positiva y dogmática. «La situación del que reflexiona sobre moral, dentro de los cuadros de un pensamiento religioso, no es muy diferente de la del pensador que reflexiona fuera de todo pensamiento religioso. Uno y otro, cuando abordan la moral, están en posesión de un conjunto de conceptos que no se discuten en moral. Que estos conceptos les vengan de una tradición religiosa anónima, como en la India o en China, de una tradición religiosa unida a un fundador, como en el cristianismo, o que hayan llegado a ellos por una reflexión suscitada y orientada por las mil influencias de las ideas de su tiempo, y de los maestros cuyo ascendiente han experimentado; en todo caso, estos aspectos fundamentales constituyen un saber adquirido que ya no se pone en discusión.»

Como las morales que sirven de reglas de conducta a la mayoría de los hombres son morales religiosas, no es fácil distinguir bien en la práctica la relación en que se encuentran moral y religión. De hecho, este enlace varía. En las religiones inferiores es imprecisa: «se busca complacer a los dioses por medio de actos propiamente religiosos, como los sacrificios y las plegarias; el imperativo moral se presenta en otro plano». Pero en los mismos países que han tenido esta religión mitológica, aparece en lo hondo de la conciencia una religión más profunda, y ésta sí unida a la moral. «La literatura griega y romana está impregnada también de un concepto más vago y sintético de la divinidad, que se expresa a menudo con la fórmula general de *los dioses*. En las tragedias, los criminales son perseguidos y castigados por los dioses» (a veces por medio de divinidades menores, como las Erynnias, el remordimiento). Mientras tanto, los dioses mayores pueden ser criminales.

En las religiones superiores Dios es concebido como Ser perfecto, y para agradarle el hombre debe ser perfecto también. En la práctica, se encuentran —fenómeno inverso al interior— las religiones inferiores dentro de las superiores; «el pueblo vuelve inevitablemente a la idea de un Todopoderoso animado de todas las pasiones humanas, y se obstina en complacerle por vías distintas de las del bien moral», porque para integrar a la vida la noción de un Dios trascendente, es precisa una cierta pureza moral. Por otra parte, esta pureza, este sentido moral, conduce al religioso «porque el sentido moral es el de un absoluto que se impone a la acción. Lo absoluto en la acción, tal como se impone al espíritu por el sentido moral, no es extraño a lo absoluto tal como se impone al pensamiento especulativo como fundamento de lo real».

Leclercq analiza la moral natural, la moral revelada, el papel que

la filosofía puede y debe llenar para integrar la una en otra. Encuentra «una cierta vulgaridad» en la actitud que rehúsa la reflexión sobre temas en que está clara la voluntad divina. Incluso cuando esa claridad es meridiana, la verdad racional tiene en sí «una potencia de orden distinto que la palabra revelada», y nos hace comprender cuál es la posición de una doctrina en el conjunto de nuestros conocimientos. Añadamos que en muchísimos casos la verdad revelada no está clara, o es incompleta. Sólo la reflexión racional puede completar o aclarar, haciéndonos conocer la verdad natural. Además, es preciso evitar el peligro del dogmatismo, que el autor define como «el gusto de imponer doctrinas como ciertas, para hacer cesar las discusiones que pueden estorbar la acción» y que también se manifiesta por la afición al argumento de autoridad. Esta tendencia se encuentra en todas las sociedades nacidas para la acción, y procede, en parte, de la impaciencia de los dirigentes que se desesperan con la lentitud del pensamiento especulativo. Leclercq señala sin contemplaciones el resultado: la reflexión se ahoga, el pensamiento se extingue. Cuando el dogmatismo se impone en la Iglesia, la reacción antirreligiosa llega inevitablemente.

La segunda parte del libro está consagrada al estudio de las posiciones fundamentales de las morales humanas, no en un orden histórico, porque en todas las épocas se vuelven a encontrar las mismas posturas en lo esencial, sino según un orden lógico, partiendo de los sistemas más simples y avanzando hacia los mejor matizados. «El interés de las diferentes posiciones morales se encuentra en lo que cada una tiene de verdadero.» «Cada uno corresponde a un punto de vista real», y el error se reduce casi siempre «a no afirmar más que un aspecto de lo real, sin ver los demás o a dar al aspecto sobre el cual se concentra la atención del autor un relieve excesivo». A más de sereno y objetivo, Leclercq se muestra optimista, y habla de un progreso, aunque en cierta medida, de la filosofía moral. «Cada vez que aparece una nueva posición, realza ciertos elementos de las aspiraciones humanas, de las condiciones de existencia del hombre y de la regla de acción inadvertidas hasta entonces o, al menos, elementos que no habían recibido en los sistemas precedentes el lugar que les correspondía. Así, permite nuevos sistemas mejor articulados y proporcionados.»

Después de estudiar los movimientos que presentan con un relieve suficientemente fuerte alguna posición fundamental del espíritu humano en el terreno que nos ocupa, termina exponiendo la moral cristiana que el autor considera «la coronación de las grandes orientaciones del pensamiento moral».

La tercera parte de la obra trata de los fundamentos de la moral. Leclercq declara su alistamiento en la escuela de Santo Tomás. La Iglesia recomienda que el pensamiento del Aquinatense sirva *de cuadro* a la enseñanza de la filosofía y *de punto de partida* a la reflexión. «Ahora bien, el propio Doctor Angélico da ejemplo de *independencia de pensamiento* unida al *respeto de la tradición*.» «Por otra par-

te, repugna el argumento de autoridad que, siguiendo a su maestro Alberto Magno, declara en materia filosófica *infirmissimus*.» Recuerda Leclercq que el tomismo, hoy una filosofía tradicional, fué en sus tiempos profundamente renovadora y, al decir de Gilson, «vuelta a colocar en el conjunto del pensamiento católico, se puede decir que la filosofía albertino-tomista constituye la única tentativa de modernismo que ha tenido éxito». No se debe entender de ninguna manera, por tanto, que el pensador católico tiene que limitar sus ambiciones en moral a la exégesis tomista. El ejemplo y la opinión de Santo Tomás empuja, por el contrario, a tener en cuenta todas las conquistas del pensamiento. Esta abierta actitud se acentúa en la cuarta parte de la obra, dedicada a la vida moral. Los avances de las ciencias con ella relacionadas —medicina, psicología, sociología, etc.— están integrados al día, como observa el lector, por ejemplo, en el estudio del problema de la libertad.

El *leit-motiv* de la obra de moralista de Leclercq (que la búsqueda de la perfección es *el deber* fundamental del hombre, idea desarrollada de manera amplísima en las páginas de *La enseñanza de la moral cristiana*) encuentra en este tratado general un encuadre adecuado. En psicología, como en filosofía, separar deber y perfección es erróneo.

MARÍA ELISA MASEDA

MEYNARD, L. : *Le suicide*. Colección «Initiation Philosophique», París, 1954, 119 páginas.

En seis grandes apartados (suicidio y sociedad, suicidio y libertad, suicidio y valor, suicidio y sacrificio, suicidio y dignidad humana, suicidio y sentido de la vida), estudia L. Meynard un problema siempre vivo, pero de actualidad renovada en nuestro tiempo. Piénsese en el torrente de muertes voluntarias que trajo consigo la derrota del nacional-socialismo, en los aviadores suicidas y los hara-kiris japoneses, en las escuelas que en este terreno han tenido y tienen aún la confusión espiritual y las condiciones materiales de la postguerra, sin olvidar los suicidios en los campos de prisioneros, muchos de los cuales caen ya fuera de la órbita de actos humanos porque han sido llevados a cabo por seres a los que el increíble sufrimiento ha desposeído de independencia frente a las fuerzas orgánicas. Muchísimos casos presentan al espectador caracteres tan complejos que es preciso entrar a fondo en la estructura del problema para deslindar sus elementos. Veamos cuál es el hilo dialéctico que sigue el autor, y las consecuencias a que llega.

El hombre, *ese animal sabedor de que debe morir*, es el único ser capaz de disponer conscientemente de su vida. Entre las posibilidades de su existencia se abre una radical: acabar con ella. Esta posibilidad, ¿es un derecho? ¿Puede el hombre determinar legítimamente la duración de su existir?